

Pensamientos, Giacomo Leopardi

Pensieri, by Giacomo Leopardi

Silvia Cattoni y equipo¹

Universidad Nacional de Córdoba
Argentina

cattonisilvia@gmail.com

Resumen

La presente propuesta es una selección de veinte textos, que forman parte del libro *Pensamientos* de Giacomo Leopardi, traducidos al español.

Palabras clave

Giacomo Leopardi, *Pensamientos*, traducción

Abstract

Here we offer our translation into Spanish of a selection of twenty texts, which are part of the book *Pensieri* (Thoughts) by Giacomo Leopardi.

Key words

Giacomo Leopardi, Leopardian poetics, *Pensieri*, translation

¹ El equipo de traducción colaborativa coordinado por Silvia Cattoni, está integrado por Ángeles Gerbaldo, Andrea Sánchez, Julieta Amaya Gugliucci, Máximo Ramos, Julieta Scozzari, Margherita Guastamacchia, Massimo Palmieri, Eugenia Alesso, Rodrigo Juárez, Eugenia Bottino, Luca Marzolla y Daniele Petrella, todos docentes y egresados de la Facultad de Lenguas (F.L) y la Facultad de Filosofía y Humanidades (FFyH) de la Universidad Nacional de Córdoba.

A diferencia del *Zibaldone* de pensamientos que, escrito entre julio y agosto de 1817 y diciembre de 1832, siguió la forma de un cuaderno privado de 4526 páginas, los *Pensamientos* fueron concebidos en la última etapa de la vida de Leopardi, tal vez, entre 1831 y 1835 con la asistencia de su amigo Antonio Ranieri. Motivado por el proyecto de una edición francesa de sus obras, el autor se propuso reelaborar, en un compendio más breve y ordenado, parte del material del *Zibaldone*. Su temprana muerte interrumpió el trabajo, razón por la cual el manuscrito fue transcrito por Ranieri en 1845 y enviado a la editorial *Le Monnier*, para que se incluyera en la obra completa que la editorial franco-florentina estaba preparando. La transcripción contiene variaciones respecto del original y no es seguro que la colección esté, según las intenciones del autor, completa y finalizada. No se ha podido precisar si el orden, la disposición y la extensión final de los pensamientos responden con certeza a la voluntad del escritor reccanatense.

Aunque el *Zibaldone* está en el origen de esta obra, Leopardi concibe los *Pensamientos* de manera autónoma y orgánica, con una forma nueva y un orden particular. A diferencia del tono confesional que predomina en el cuaderno de notas, en este texto se destaca el rigor analítico. La enunciación impersonal de tono aforístico prevalece como exigencia moral y a través de ella el autor busca refutar las falsas ideas difundidas como verdades de su tiempo. Lo que se pone en evidencia, una vez más, en este conjunto de 111 pensamientos de variada extensión es la mirada aguda y la lucidez con la que Leopardi analiza su época.

El texto recupera muchas de las ideas fundamentales que Leopardi tiene sobre el hombre, la naturaleza, la moral, la sociedad, razón por la cual podría leerse como un breve manual de "filosofía práctica" en el que se reconoce el enorme esfuerzo intelectual de un hombre que, como Leopardi, intentó esclarecer los errores y la falsedad de la vida humana en un momento fundamental de la cultura de Occidente, el paso del siglo XVIII al siglo XIX. En conflicto con los dos órdenes culturales y no logrando identificarse con ninguno de ellos, lejos de abandonarse al escepticismo, Leopardi encuentra en la fuerza ética del

pensamiento la potencia intelectual, constante y dramática, para imaginar las soluciones necesarias que el cambio de época le demandaba.

La presente selección es un adelanto de un meritorio trabajo de traducción colaborativa² llevado adelante por alumnos y egresados de la de la Facultad de Lenguas y de la Facultad de Filosofía y Humanidades la UNC. Representa una significativa apuesta al trabajo colectivo y un logro invaluable en el campo de la literatura italiana traducida en el ámbito de las universidades públicas nacionales.

[VI]

La muerte no es un mal porque libera al hombre de todos los males y, junto con los bienes, le quita los deseos. La vejez es el mal supremo porque priva al hombre de todos los placeres, le deja los apetitos y trae consigo todos los dolores. No obstante, los hombres le temen a la muerte y desean la vejez.

[XII]

Aquel que obtuvo un bien con fatiga y sufrimiento, o simplemente después de mucho esperar, si ve que otros consiguen lo mismo con facilidad y rápidamente, en efecto no pierde nada de lo que posee, sin embargo, esto le resulta naturalmente muy odioso. Porque en el imaginario, el bien obtenido se reduce desmesuradamente si se vuelve común a quien, para obtenerlo, ha empleado o sufrido poco o nada. Por eso, el jornalero de la parábola evangélica³ se lamenta como de

² El equipo de traducción colaborativa coordinado por Silvia Cattoni, está integrado por Ángeles Gerbaldo, Andrea Sánchez, Julieta Amaya Gugliucci, Máximo Ramos, Julieta Scozzari, Margherita Guastamacchia, Massimo Palmieri, Eugenia Alesso, Rodrigo Juárez, Eugenia Bottino, Luca Marzolla y Daniele Petrella, todos docentes y egresados de la Facultad de Lenguas (F.L) y la Facultad de Filosofía y Humanidades (FFyH) de la Universidad Nacional de Córdoba. Asimismo, este proyecto de traducción está inscripto en el Programa Centro Editor La Sofía Cartonera de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba.

³ Leopardi hace aquí referencia a la parábola del Cap. XX del Evangelio de San Mateo.

una injuria personal del hecho que quienes, habiendo trabajado menos, recibieron una paga igual a la suya; y los frailes de ciertas órdenes acostumbran a tratar con todo tipo de rigores a los novicios por temor a que lleguen fácilmente al estado que ellos alcanzaron con grande pesar.

[XXVIII]

El género humano y, con excepción del individuo, cualquier mínima porción de él, se divide en dos partes: unos usan la prepotencia y otros la padecen. Y puesto que no existe ni ley, ni fuerza, ni progreso en la filosofía o en la civilización que pueda impedir que el hombre nacido o por nacer pertenezca a uno o a otro bando, quien pueda elegir que elija. Lo cierto es que ni todos ni siempre pueden hacerlo.

[XXXI]

En cada país, los vicios y los males universales de los hombres y de la sociedad son señalados como propios del lugar. Yo nunca estuve en ningún lugar en donde no haya oído: “aquí las mujeres son vacías e inconstantes, leen poco y están mal instruidas”; “aquí la gente se ocupa de los asuntos ajenos, es muy chismosa y calumniadora”; “aquí el dinero, los favores y la cobardía lo pueden todo”; “aquí reina la envidia y las amistades son poco sinceras”; y así sucesivamente, como si en otros lugares las cosas fueran de otro modo. Los hombres son miserables por necesidad y están decididos a creerse miserables por accidente.

[XLI]

Raramente está justificado que el hombre se ofenda por cosas dichas sobre él en su ausencia, o sin intención de que lleguen a sus oídos, porque si hace memoria y examina diligentemente su propia conducta, él mismo no tiene un amigo tan querido, ni algún personaje a quien venere tanto, al cual no estuviera por dar el gravísimo disgusto de oír palabras y discursos que se le escapan de su boca sobre ese

amigo o personaje ausente. Por un lado, el amor propio es tan desmesuradamente sensible y quisquilloso que es casi imposible que una palabra dicha sobre nosotros en nuestra ausencia, si nos llega fielmente, no nos parezca indigna o poco digna de nosotros y que no nos hiera. Por otro lado, es increíble cómo nuestras costumbres son contrarias al precepto que dice: “no hagan a los demás aquello que no queremos que nos hagan a nosotros”, y cómo tanta libertad de hablar sobre los otros sea juzgada inocente.

[XLV]

El tiempo es gran remedio contra la difamación, así como de las aflicciones del espíritu. Si el mundo reprocha algún hábito, o algún modo de proceder nuestro, bueno o malo, nosotros no podemos más que perseverar. Al poco tiempo, ya agotado aquel tema, los difamadores lo abandonan para buscar otros más recientes. Y mientras más firmes e imperturbables nos mostremos, siguiendo adelante y despreciando las voces, con más rapidez será considerado razonable y normal lo que en principio fue condenado o pareció extraño; porque el mundo, que siempre cree que quien no cede no se equivoca, al fin y al cabo, se condena a sí mismo y nos absuelve a nosotros. Por lo tanto ocurre, como bien se sabe, que los débiles viven conforme a la voluntad del mundo y los fuertes a la suya propia.

[LIII]

Decía Bión, un filósofo de la antigüedad: “es imposible agradar a las multitudes, salvo transformándose en un pastel o en vino dulce”. Pero este imposible, mientras dure el estado social de los hombres, será buscado eternamente por quien diga e incluso por quien a veces crea no buscarlo. Del mismo modo, mientras dure nuestra especie, los que mejor conocen la condición humana perseverarán hasta la muerte buscando la felicidad y prometiéndosela.

[LV]

Si una mujer llora de corazón al marido fallecido, se le hace burla, pero se la critica duramente si, por alguna razón grave o por necesidad, aparece en público o deja de vestir el luto un día antes de lo acostumbrado. Es un argumento trillado, pero no perfecto, que al mundo le agradan las apariencias. Y para completar el axioma, se debe agregar que el mundo no se complace jamás, y que muchas veces no se preocupa o incluso no tolera lo sustancial. En la antigüedad, los hombres se esforzaban más por ser hombres de bien que por parecerlo, pero el mundo hoy exige parecerse a un hombre de bien, y no serlo.

[LVII]

Los hombres no se avergüenzan de las ofensas que hacen sino de aquellas que reciben. Por lo tanto, para lograr que los que ofenden se avergüencen, no hay más alternativa que devolverles la ofensa.

[LVIII]

Los tímidos no tienen menos amor propio que los arrogantes, o más bien, tienen el mismo pero más sensible; por lo tanto, temen y tienen cuidado de no lastimar a los demás, no porque se creen mejores que los insolentes y atrevidos, sino para evitar ser lastimados porque conocen el extremo dolor que se siente ante cada herida.

[LIX]

Se dice con frecuencia que a medida que en los estados disminuyen las virtudes auténticas, crecen las aparentes. Parece que las letras están sujetas a este mismo destino, al ver cómo, en nuestro tiempo, mientras más falta, no puedo decir el uso, sino la memoria de las virtudes del estilo, más crece la calidad de la prensa. Ningún libro clásico fue publicado en otros tiempos con la elegancia con la que hoy se publican los periódicos y los demás chismes políticos, hechos para durar un día. Pero del arte de la escritura ya no se conoce, ni se

comprende siquiera su nombre. Y creo que todo hombre de bien, al abrir o leer un libro moderno, siente piedad por aquellas hojas y por aquellas tipografías tan pulcras, usadas para representar palabras tan horrorosas y pensamientos, en su mayoría, inútiles

[LX]

La Bruyère⁴ dice algo muy cierto: que es más fácil para un libro mediocre alcanzar la fama gracias a una reputación ya adquirida por el autor, que para un autor conseguir una reputación gracias a un libro excelente. A eso se le puede añadir que quizás el camino más directo para alcanzar la fama es el de afirmar con seguridad y persistencia, y por todos los medios posibles, ya haberla alcanzado.

[LXIV]

Todo aquel artífice, científico o estudioso de cualquier disciplina que acostumbre a compararse, no con otros estudiosos, sino con la disciplina misma, cuanto más excelente sea esta, más bajo será el concepto que él tendrá de sí mismo. Porque a medida que advierte mejor la profundidad de aquella, más inferior se sentirá en la comparación. De este modo, casi todos los grandes hombres son modestos porque se comparan continuamente, no con otros, sino con la idea de lo perfecto que tienen ante su espíritu, infinitamente más clara y más elevada que la que tiene el vulgo, y consideran por ello cuán distantes están de alcanzarla. De allí surge que los hombres vulgares, con facilidad y quizás a veces con verdad, creen no solo haber conseguido sino superado aquella idea de perfección presente en sus espíritus.

⁴ Jean de La Bruyère (París, 16 de agosto de 1645-Versalles, 10 de mayo de 1696) fue un escritor y moralista francés.

[LXXIII]

Como a casi todas las mujeres, también a los hombres muy comúnmente, y en especial a los más soberbios, se los atrae y se los mantiene con indiferencia y desprecio, o bien, cuando es necesario, fingiendo que no se los tiene en cuenta y que no se los estima. Porque es esa misma soberbia, por la que innumerables hombres son arrogantes con los más humildes y con todos aquellos que le demuestran respeto, la que lo vuelve menos indiferente, solícito y necesitado de la estima y de la mirada de aquellos que no lo tienen en cuenta o que parecen ignorarlo. De allí surge, no raras veces, sino más bien a menudo, y no solamente en el amor, una ridícula alternancia entre dos personas, en perpetua sucesión, hoy una tenida en cuenta y la otra indiferente; mañana una solícita y la otra indiferente. De hecho, se puede decir que un juego y una alternancia semejantes aparecen de algún modo en toda la sociedad humana. Cada momento de la vida está plagado de gente que aun siendo observada, no observa; que saludada, no responde al saludo; que perseguida, escapa, pero en cuanto alguien le da la espalda o le muestra indiferencia, se vuelve hacia esa persona, se inclina y corre detrás de ella.

[LXXVI]

No hay nada más raro en el mundo que una persona habitualmente tolerable.

[LXXVII]

La salud del cuerpo es considerada universalmente como el último de los bienes, y pocos son los hechos y asuntos importantes en la vida en los que la consideración de la salud, si tiene lugar, no sea pospuesta a cualquier otra. La razón puede ser en parte, pero no en su totalidad, que la vida es principalmente de los sanos, quienes, como sucede siempre, o desprecian o creen no poder perder aquello que poseen. Para traer un ejemplo entre miles, muy diversas causas hacen que un lugar sea elegido para fundar allí una ciudad y que una ciudad crezca en habitantes; pero entre estas causas tal vez jamás se encontrará la

salubridad del sitio. Por el contrario, no hay sitio sobre la tierra tan triste e insalubre en el que los hombres, motivados por alguna oportunidad, no se dispongan a estar de buen grado. A menudo, un lugar muy salubre y deshabitado está próximo a otro poco sano y muy poblado; y continuamente se ven poblaciones enteras abandonar ciudades y climas saludables para encontrarse bajo cielos inclementes, en lugares con frecuencia malsanos y a veces un poco pestilentes, a los cuales son atraídas por otras comodidades. Londres, Madrid y otras similares son ciudades de pésimas condiciones para la salud pero, al ser capitales, crecen continuamente por la gente que abandona las saludables viviendas de los pequeños poblados. Sin ir más lejos, Livorno, en Toscana, desde que comenzó a poblarse, gracias a su actividad comercial, creció y aún sigue creciendo de manera constante en habitantes; mientras que, a las puertas de Livorno, la ciudad de Pisa, lugar saludable y famoso por su aire templado y suave, muy poblada cuando era ciudad poderosa y de navegación, se ve hoy reducida a casi un desierto que se acentúa cada día más.

[LXXX]

Cuando vuelvo a ver, después de unos años, a una persona que conocí en su juventud, me parece ver, en un primer momento, a alguien que sufrió una gran desdicha. La alegría y la confianza son propios de la juventud, y el sentimiento de lo que se va perdiendo y de las molestias corporales que se acrecientan día a día va generando hasta en los más frívolos y de naturaleza más alegre, como así también en los más felices, una expresión en el rostro y un porte, que se dice serio y que, en comparación con el de los jóvenes y los niños, de verdad es triste.

[LXXXVI]

La manera más segura para esconder a los otros los límites del propio saber es no ir más allá de ellos.

[LXXXIX]

Quien se relaciona poco con los hombres es raro que sea misántropo. Los verdaderos misántropos no se encuentran en la soledad, sino en el mundo. Porque es la práctica de la vida, y no la filosofía, lo que hace odiar a los hombres. Y si uno que es así, se retira de la sociedad, pierde, al retirarse, la misantropía.

[CX]

Es curioso ver que casi todos los hombres de mucho valor demuestran sencillez, y que casi siempre esa sencillez es tomada como indicio de poco valor.